

Milán Kundera: "la poesía pertenece al cielo y al infierno"

RAMON CHAO

AUNQUE no fuera más que por el prefacio de Carlos Fuentes, merecería la pena adquirir como sea el libro que acaba de publicar Seix Barral, titulado "La vida está en otra parte", de Milán Kundera. En esta presentación, Carlos Fuentes nos cuenta las graciosas aventuras de tres latinoamericanos en Checoslovaquia —Julio Cortázar, García Márquez y él—; relata las trampas en que caían los soldados soviéticos, dignas de haber sido colocadas por el astuto soldado Schweick; describe la atmósfera de Praga después de haber pasado por la efímera primavera, y, naturalmente, diseña a los personajes de la narración que prologa.

Pero además de las veinte páginas de Carlos Fuentes, que figurarán sin duda en sus obras completas, el volumen contiene la gran novela de Milán Kundera que obtuvo en Francia, en 1975, el Premio Médicis para obras extranjeras.

Hijo de un gran pianista de fama internacional, Milán Kundera se inscribió en el Partido Comunista en 1947. Tres años después estaba excluido. Dudaba entonces entre ser músico, cineasta o escritor. De las tres opciones abandonó únicamente la musical. Profesor de cinematografía, todos los directores del nuevo cine checo, entre ellos Milos Forman, fueron sus discípulos. El Partido Comunista lo rehabilitó en 1956, pero su readmisión no resistió a los acontecimientos de 1968. Se le excluye de su cátedra de cinematografía, y todas las bibliotecas del país quedan limpias de sus libros.

En "La vida está en otra parte", Kundera nos describe el destino de un niño prodigio, poeta superdotado, llamado Jaromil. Nació de una madre posesiva con los dones suficientes para ser un nuevo Rimbaud. Crece en el sistema comunista, y cree en la revolución y en la poesía. A ambas se entrega sin medida, convencido además de que la revolución es la encarnación de la virilidad. Se encierra en ese mundo, lee sus poemas en los actos oficiales, denuncia a su amante, que será torturada por la Policía, y traiciona al pintor vanguardista que le había descubierto el mundo del arte en su juventud.

Todo esto no forma una novela política, según Milán Kundera, atrincherado en un sillón en su domicilio parisino, al acecho de las preguntas y cuidadoso de sus respuestas. Con gesto y ademanes felinos, reflexiona interminables segundos antes de contestar, y al fin lo hace pau-



sadamente y con una mirada irónica.

MILAN KUNDERA.—No; no tuve esa intención. Y si puede parecer eso, es porque durante estos últimos treinta años casi ningún libro ha podido servir de testimonio sobre lo que ocurre en mi país. Lo asumo, pues, a regañadientes. No me gustan las novelas políticas. Creo que siempre resultan muy malas. Además, no creo que la política merezca una novela. Pero es cierto que el lector, que está muy sensibilizado políticamente, espera una actitud ante este fenómeno. Yo pienso que si la novela se niega a someterse a una de las ideologías de nuestra época, o si rechaza las simplificaciones cada vez más groseras en este terreno, no es por un afán de neutralidad, sino de desafío. De esta forma, la novela invierte el orden de valores, de la interpretación de lo que es normal en el sistema actual, de las ideas recibidas.

Las críticas que conocemos de su novela, en Francia y en los Estados Unidos, han utilizado dos fórmulas para reducir su dimensión: muestra cómo un régimen totalitario deforma un gran talento literario, o bien, cómo un poeta mediocre está abocado a colaborar con la dictadura.

M. K.—De ninguna manera. Jaromil tiene un talento extraordinario. Además, no olvide que murió a los veintidós años. Y durante su vida se comportó como mu-

chos grandes poetas. A mí me resulta muy curioso que se pueda comprender el que un gran filósofo tenga simpatías por los fascistas o que un genio de la ciencia resulte ser un cobarde en la vida cívica, mientras que un poeta auténtico no puede ser un delator. Pues le diré que yo he visto a poetas muy sensibles y muy puros hacer cosas más horribles que las que hace mi desdichado Jaromil. Este denuncia al hermano de su amante con todo su entusiasmo de poeta. No piensa que está haciendo un acto sucio. Y no lo hace a pesar de su genio poético, sino gracias a ese genio, que participa plenamente en la denuncia. La poesía, como todas las actividades humanas, pertenece al cielo y al infierno, al ángel y al demonio.

Pero su personaje sabía que estaba al servicio de un régimen policial y totalitario. Llevaba una gran carrera oficial, y no podía pensar que iba a morir tan joven.

M. K.—¿Quiere decir usted que era un arrivista? En absoluto. Para él, el régimen comunista representaba la vida con que soñaba. Se comportó de la misma forma que se comportarían en su situación muchos de los jóvenes poetas puros que conocemos. Paul Eluard, por ejemplo. ¿Cree usted que si Paul Eluard hubiese sido checoslovaco no hubiera sido un poeta oficial? No crean ustedes que están libres de esto. Checoslovaquia es Occidente, y a pesar de la división artificial que padecemos, tenemos los mismos problemas y el mismo destino que ustedes. Lo que sucedió en mi país es una tragicomedia de nuestros sueños, de nuestros entusiasmos y de nuestros problemas comunes.

"El fascismo se funda en un antihumanismo declarado, y provoca una posición moral muy sencilla. No hay matices. En cambio, el estalinismo reposaba en un movimiento humanista grandioso, y a pesar de lo que se empezaba a ver, conservaba aún una cantidad de actitudes, de ideas y de ilusiones originales. Eso producía una situación confusa.

De modo que, para usted, se trata de una novela realista.

M. K.—Para escribirla leí muchas biografías de poetas. Me di cuenta de que todos estaban moldeados por sus madres. A casi todos les había faltado un padre sólido. Por eso inventé un prototipo de poeta, un joven que, llevado por su madre, se exhibe ante el mundo, un mundo en el que él no sabría entrar. Me inspiré mucho en la biografía del poeta revolucionario checo Wolker, pero también comprobé que muchos poetas estuvieron superprotegidos por sus madres, como Rilke, Oscar Wilde o Alejandro Blok.

"Para mí, una novela debe presentar un mundo más complejo de como lo vemos. Pero vivimos en un universo ideologizado, y la política se hace a base de ideas simples o simplistas. La política es maniquea, e ignora el personaje que dentro de nosotros desempeña el papel de ángel y de diablo. Lo que a mí me interesa en la novela es esa verdad misteriosa. Como dicen los judíos en Checoslovaquia, "todo es diferente de lo que piensas". ■